

Queridas maestras y maestros, autoridades, Corporación Municipal, Alcaldesa, vecinas y vecinos:

Este teatro municipal ha visto muchas obras, centenares de espectáculos, trabajadoras de la cultura dando lo mejor de sí desde estas tablas. También ha visto investiduras, reuniones, lloros y cantos, pero hoy el García Lorca y el Ayuntamiento de Getafe se deben a la tarea más noble y justa que puede emprender un pueblo: agradecer y honrar a sus docentes, a todas aquellas personas que hoy dejáis la escuela infantil, primaria y secundaria en un lugar más alto y hermoso.

Agradezco a la Concejalía de Educación y al Ayuntamiento que me permitan intervenir en este acto. Si hay algo que lleve con orgullo en mi pequeño haber de poeta es haber estudiado en la escuela pública. Federico García Lorca antes de ser poeta era hijo de la maestra Vicenta Lorca, Frederica Montseny antes de ser la primera ministra en España era descendiente de la pedagoga Teresa Mañé Miravet y yo, antes que nada, soy alumno de la Escuela infantil, primaria y secundaria pública de Getafe.

Tras décadas de trabajo no hace falta que os explique que la escuela es aquel lugar donde las y los niños pueden llegar a ser astronautas, alcaldesas, poetas y maestras; donde pueden llegar a ser el frutero que descubre la mejor nectarina, la cajera que ayuda con las bolsas a las ancianas o el barrendero que lanza balones en la plaza. El ensayo general, en definitiva, de una democracia donde todas sus partes, de una clase u otra, con mayores o menores condiciones económicas, con cualquier idioma, procedencia y personalidad pueden devenir lo mejor de su tribu, la parte más feliz, comprometida y solidaria de una sociedad. Y es que la escuela es aquel templo laico donde lo didáctico gana a lo doctrinario, donde las herramientas se disponen para ser ciudadanos íntegros, autónomos, mujeres y hombres proveídos de una defensa contra la ignorancia, los abusos de poder o el odio.

En la Escuela de Educación Infantil Cancionero planté árboles y jugué entre otras vecinas del nuevo municipio al que mi familia se acababa de mudar. Del

mismo modo que esa escuela abrió sus puertas sin discriminar a todos sus pequeños ciudadanos, una y otra vez la educación en Getafe, aquella que es posible por vuestras manos y vuestro ingenio, ha sabido acoger los ojos y el cuerpo muchas veces castigado de niñas y niños ucranianos, búlgaros, magrebíes, colombianos, saharauis y palestinos, familias migrantes que han encontrado en las aulas de esta ciudad una casa donde la igualdad y los derechos civiles a la alegría se escriben cada día en la pizarra.

Después estudié en el colegio Concepción Arenal, insigne feminista gallega que delimitaba su recreo con Mariana Pineda, mártir granaína de la libertad. Aunque entonces los alumnos nos picábamos unos a los otros llamando a nuestros centros “Concepción Orinal” y “Marrana Empanada” he comprendido años después la importancia de aquel lugar en el mundo, una Avenida de las Ciudades que era y es Avenida de las Ciudadanas, de aquellas personas atravesando los pasillos y sus primeros pasos en una vida que se niega a cerrar tan pronto sus puertas. Años después -y es que vuestra vocación docente es un silbo al futuro, a aquellas generaciones que no veréis llegar pero que serán, por vuestro esfuerzo, más libres y justas-leo a Concepción Arenal. La pensadora decía así:

“hoy en España, ¿qué medio puede emplearse contra los males que nos afligen o nos amenazan? Ninguna dolencia social puede combatirse con un remedio solo, pero si se nos pidiera que señalásemos uno nada más, aquel que juzgamos de mayor eficacia, responderíamos sin vacilar: la instrucción”.

Sin duda, en la España de 2025 sigue siendo necesaria una educación abierta, diversa y de calidad, gratuita, laica y pública que permita desbancar una vil sinonimia de nuestra lengua. En galego son soños e sonos, en asturiano suaños y sueños, en euskera amets y loa egin como en català somnis y sons. En inglés dreams y being tired, en francés un rêve se distancia significativamente del être fatigué; en nuestro castellano, los sueños tienen el mal deje de servir tanto para las edificaciones oníricas del porvenir como para el cansancio más extenuado. Y es la educación ese potente separador entre fatiga e imaginación, aquel espacio colectivo donde se pueden restañar los sueños de hijas e hijos de la clase obrera para dotarles de toda la energía, las cabriolas y los imposibles que merecen sus

aspiraciones aun no exasperadas por la diferencia de clase. En mi colegio público vi el mar y la nieve, los dinosaurios y los planetas, escuché el dictado de los plataneros y bailé, reí, abracé una vida sintiendo en mis manos todas las vías abiertas.

Ese es el oficio del maestro, empujar -como creía Antoni Benaiges- el futuro escuela por escuela. Y esa es la madeja que no abandoné en el Instituto Público La Senda, vecino del José Hierro y todavía marcado por sus dos antiguos y lúcidos nombres: Clara Campoamor y Carpe Diem. De ese centro salió mi hermana Irene que años después trabajaría en la Organización Europea para la Investigación Nuclear en Ginebra. También se graduó mi hermana Elisa, que se doctora a día de hoy en la Facultad de Educación de la Universidad Complutense de Madrid. Mis dos hermanas, nietas de fontaneros y carpinteros, cumplían en esos pasillos la voluntad feminista de Clara Campoamor y todas aquellas que en tribunas como estas se aventuraron a anhelar un país con igualdad de oportunidades. Profesoras y profesores entusiastas siguieron rumiando, entre claustros, memorias y reuniones de padres la proclama de Carmen de Burgos: “ocuparse de la educación de la mujer es ocuparse de la regeneración y progreso de la humanidad”.

Y es en La Senda donde yo encaminé mi vida como getafense y alumno a la poesía. Fue en la biblioteca del centro donde Juan Antonio Cardete me dijo un día de verano, era primero de la ESO, que al vasco los hablantes nativos le llamaban euskara. Años después, publico un ensayo en Anagrama sobre la diversidad lingüística donde gracias a él escribo “euskara” con el agradecimiento de quien te concede una visión no coartada y limitante de lo que te rodea. Fue en La Senda donde Amanda nos dijo “cuidado, que el punto medio no es la mediocridad”. Hoy, soy un ciudadano que defiende y es consciente de sus derechos -que son los de todos- gracias a esa idea, que caló en mi vida mucho más que la dialéctica histórica de Hegel o las cinco vías de Tomás de Aquino. Fue en La Senda donde Beatriz Sánchez nos llevó a jugar a la brisca con los usuarios de las Residencias de Ancianos de nuestro barrio, esas mismas que tanto desprecio y crueldad han sufrido y sufren por parte de nuestras instituciones. En La Senda Juan Ignacio Castro nos enseñó que podíamos coger los micrófonos de una radio y comunicar el

mundo desde una silla verde, Josefina nos inculcó un mundo de número y Geles, José Luis o Carmen inculcaron en cada una de nosotras la importancia de las humanidades, que son la memoria del género humano, y que también podían declinar su inteligencia y belleza en las calles del Sector III. Pero incluso más importante, fue en La Senda donde vislumbré conscientemente que la vida no era fácil, que estaba cruzada por dolores, abusos y carencias materiales, afectivas y ominosas. Fue en La Senda donde besé por primera vez a un chico, donde sentí el respeto y la normalidad de ser diferente y donde me preparé también para salir a un mundo que odia en sus tribunas más privilegiadas pero al que no tengo miedo. Ahora, muchos chicos y novios después, sé que la educación y la dignidad son siempre mayoritarias a la violencia y la ignorancia, que a mis catorce años me dijeron que podía y debía amar a quien quisiera y que ese derecho fundamental a la existencia no me lo quitarán jamás. Susurraba el vecino José Hierro desde el otro lado del parque que “quien ha sentido en sus manos temblar la alegría no podrá morir nunca”.

También me eduqué en el Conservatorio Profesional de Música como en la Escuela de Idiomas municipal. Y ese hombre que ahora paga el alquiler con su trabajo y su guitarra, ese al que la prensa nacional llamó una vez “Rimbaud de Getafe” sabe que no se puede ser Rimbaud sin esa educación expandida que garantizan los servicios públicos, sin esas clases de francés a las que me encaminaba en la 441 para ser hoy quien soy.

Si de algo sabéis las y los maestros es de resistencias. En vuestros años de profesión os han llamado vagos, se han escrito cartas con faltas de ortografía denigrando vuestra profesión, se ha recortado una y otra vez el presupuesto como a día de hoy se hace en mi universidad pública, se han precarizado sistemáticamente vuestras condiciones laborales y llenado de burocracia vuestro trabajo pedagógico. Pero nada hay que pueda con el entusiasmo de quien alumbra cada día el mundo en el encerado, en el recreo o en el laboratorio. Una compañera del gremio, Justa Freire, fue encarcelada y depurada como tantas maestras de la República en la Cárcel de Mujeres de Ventas. En sus dos años de presidio, abrió escuelas para las presas, coros para las madres y niñas de ese dolor tan grande que

es el odio convertido en forma de gobierno. Nada hay que no hayáis podido perpetrar, maestras y maestros de Getafe, en la conciencia y el corazón de tantos alumnos que han pasado por vuestras manos.

Me querría dirigir también a todos los familiares orgullosos que hoy veis a vuestras madres, padres, esposos y esposas recibir una mínima parte de todo lo que han dado a la sociedad. Yo soy hermano e hijo de maestras, sé de la profunda satisfacción que da ver en vuestras casas profesionales ideando proyectos, corrigiendo exámenes mientras la película después de cenar, corrigiendo también por la mañana y por la tarde, dándose de bruces con muchas dificultades pero con mayores ánimos de sortear el desmantelamiento de la educación. Dentro de pocos años estaré en el público, como vosotros y vosotras, viendo a mi madre poner punto y seguido a una vida en las aulas. Por eso, querría hacer memoria aquí de las mujeres de mi casa, porque esta historia es el pulso colectivo de lo que puede llegar a ser la pedagogía en la vida anónima de un domicilio.

En el año 1943 nacía mi abuela Carmen en un pueblo de Toledo. Su padre se había fugado de un paredón de fusilamiento, pero ella padeció las consecuencias de una escuela franquista a la que no pudo acceder por ser “hija de rojo”. La abuela Carmen apenas fue unas semanas al colegio, hasta que descubrió que esa escuela soñada por la Institución Libre de Enseñanza, las Misiones Pedagógicas o el Ministerio de Instrucción Pública eran los vestigios abolidos de un país que en su caso deparaba miseria, hambre y pobreza. A sus ochenta y un años mi abuela, con la sabiduría de la universidad popular de Juan de Mairena, sigue advirtiéndome desde Orcasitas: “yo no es que sea tonta, es que tengo la inteligencia sin estrenar”.

Su hija, vuestra compañera Susana Obrero, pudo estrenar esa inteligencia gracias a un sistema de becas que en los ochenta permitió su acceso a la universidad. Por vez primera alguien de la casa llegaba a los estudios superiores gracias a un Estado de Bienestar que volvió a poner, muerto el dictador, la educación en el centro de los derechos ciudadanos. Así, Susana empezó una “gramática de la fantasía” que la llevó a escuelas rurales en Guadalajara, a los colegios Concepción Arenal y Seseña y Benavente donde hoy sigue acogiendo las sonrisas del niño que necesita un océano de palabras, como de la niña que necesita

un abrazo y el alumno que precisa de un bollo y una fruta para comer en el recreo.

Susana Obrero ha escrito recientemente:

“Sueña el koala con una escuela llena de camas, soñemos el sueño ya soñado, esa comunidad de aprendizaje mutuo y de empatía que puede ser nuestra aula”.

Así llego a Elisa García, hermana y doctoranda en valores feministas a través de la educación física e interina en los colegios de nuestra Comunidad. Eli se empeña, a pesar de la devoradora máquina de oposiciones, bautismos burocráticos del saber, precariedades y temarios legislativos en cubrir bajas de quince días en la sierra, abrir cada mañana la lista de interinos y desear, pese a toda la tristeza y el cansancio, un patio de recreo diverso, alegre y cargado de valores esenciales para un estado democrático. Porque enseñar no es reiterar gestos, sino instaurar una conducta que se abre al mundo levantando la mano, dando las gracias y sabiendo que cada recreo es una celebración y una resistencia. Inculcar que somos frágiles, dependientes, que nos equivocamos y que todo error es una antesala al aprendizaje. Transmitir que hay un lugar llamado escuela, colegio o instituto donde nada achata nuestra cabeza a un futuro designado por nuestro código postal. Hacer posible en vuestro día a día durante décadas una vida más alta donde los éxitos no son las CDI, las medias ni las notas, sino el hecho de acoger, en los pupitres de nuestra ciudad, un sueño enérgico e histórico que abrirá las puertas a un porvenir más digno.

Queridas y queridos maestros: gracias. Ahora os toca disfrutar de un derecho que se ganó en 1919 gracias a las huelgas populares: la jubilación. Tocaré defenderla, pedir una vez más que se actualice al IPC, preservar una sanidad que os seguirá atendiendo como vosotros habéis hecho tantos años con la infancia y la adolescencia. Habéis hecho y haréis, recordad que una es maestra hasta en la cárcel más injusta, también en los exilios y en los olvidos impuestos. Sabéis, como decía la poeta y maestra Gabriela Mistral que hay que “enseñar siempre: en el patio y en la calle como en la sala de clase. Enseñar con actitud, el gesto y la palabra”. No dejáis de ser docentes, las plazas y los parques, el hogar y la comunidad os necesita siempre que la generosidad os lleve a seguir esta lección indómita, enseñadnos

más y disfrutad con conciencia tranquila de vuestra nueva etapa porque sabéis que vuestro intelecto y decisión ha contribuido siempre a un mundo mejor.

Suerte, merecido descanso y gracias.